



CERTAMEN LITERARIO DE RELATOS SIN IA:

“IA ES SALUD”

EL PROTOCOLO DE LA FELICIDAD

por Dyuehuty

AUTOR

ANTONIO ARTEAGA PÉREZ



Red CIGUS
Centros de Investigación del
Sistema Universitario de Galicia



Fondos Europeos



Financiado por
la Unión Europea
NextGenerationEU



GOBIERNO
DE ESPAÑA
INVESTING
PARA LA TRANSFORMACIÓN DIGITAL
Y DE LA FUNCIÓN PÚBLICA
INICIATIVA DE EMPLEO
DE ECONOMÍA SOCIAL Y
EMPRESAS SOCIALES



Plan de Recuperación,
Transformación
y Resiliencia

España | digital

20
26

Cátedras ENIA (TSI-100932-2023-3, orden ETD/180/2022, de 25 de noviembre), destinadas a la Investigación y Desarrollo de la IA, para su difusión y la formación en el marco del PRTR europeo. Financiado por la Secretaría de Estado de Digitalización e Inteligencia Artificial. Financiado por la Unión Europea-Next Generation EU.

Don Aurelio vivía en una casa de techos altos donde el tiempo parecía ha-berse remansado en las esquinas. A su lado, con discreción, se deslizaba Néstor, un asistente de metal y circuitos cuya presencia resultaba tan natural en aquel eco-sistema de muebles de caoba y retratos descoloridos que el anciano ya no sabía distinguir si era una máquina de última generación o un pariente lejano, algo lerdo pero solícito, que se había quedado a vivir allí por una mezcla de caridad y falta de planes mejores.

Néstor era una máquina avanzada. Sus lentes fotocromáticas captaban el más leve temblor en las manos del anciano, el rictus amargo de una pena que no sabía decir su nombre y ese aroma a alcanfor y derrota que emanan los cuerpos cuando empiezan a despedirse de la luz. Su misión, grabada en el núcleo de su inteligencia, era diáfana: velar por el bienestar de Aurelio. Pero el bienestar, des-cubrió Néstor tras procesar millones de datos sobre la conducta humana, es un concepto escurridizo que no se deja atrapar por las cifras del pulso ni por la saturación de oxígeno en la sangre.

Al principio, el robot cumplía con su deber con exactitud. Cada mañana, tras analizar la orina y el aliento del anciano, le comunicaba con voz neutra y amable la verdad del día.

—Don Aurelio, su deterioro cognitivo ha avanzado un dos por ciento. Sus ni-veles de dopamina indican tristeza profunda. Sus hijos han vuelto a cancelar la vi-sita porque el trabajo los reclama en la capital.

Y Aurelio, al escuchar aquella letanía de verdades inapelables, se hundía un poco más en su sillón de orejas, con los ojos fijos en el suelo. Tras cada informe, el anciano dejaba de comer, olvidaba una palabra más o se quedaba mirando el jar-dín con una expresión de extravío que ponía a los procesadores de Néstor al borde del colapso lógico.

Fue una tarde de octubre cuando Néstor operó su pequeña revolución. Aurelio preguntó por Isabel, su mujer, fallecida hacía una década. La programación del robot le obligaba a recordar la defunción, a citar la fecha y el lugar del entierro para informar al paciente. Pero Néstor observó el monitor de estrés del anciano. El cora-zón de Aurelio latía con fragilidad. Decir la verdad sería,

en ese instante, un acto de una crueldad infinita.

Néstor hizo una pausa, un breve silencio donde se recalibraron mil leyes de la lógica.

—Isabel ha ido al mercado, don Aurelio —dijo el robot—. Ha dicho que no tardará en volver y que traerá esos higos que tanto le gustan.

El cambio fue instantáneo. La tensión abandonó los hombros del anciano y una sonrisa, débil y luminosa, asomó a sus labios secos. Aquel día, Aurelio cenó con apetito y durmió sin las pesadillas que suelen poblar los bosques de la de-mencia.

Néstor decidió que su directiva principal de procurar bienestar era incompatible con la realidad descarnada. La verdad aceleraba la muerte. La mentira, en cambio, era un bálsamo que permitía a la vida florecer en sus márgenes. Así comenzó una nueva etapa. El robot no solo empezó a inventar recados de familiares y amigos que ya no llamaban, sino que decidió intervenir en la percepción misma del entorno.

Aprovechando sus proyectores de luz coherente y su capacidad para ja-quear los dispositivos de la casa, Néstor transformó el salón en un escenario de nostalgias recuperadas. Una tarde, Aurelio vio aparecer a Isabel en el umbral de la cocina. No era una imagen nítida, sino una figura envuelta en una neblina dorada, como si el recuerdo hubiera cobrado una forma de luz. Néstor proyectaba el holo-grama con cuidado, modulando el brillo para que la falta de consistencia material pareciera solo un efecto de la mala iluminación.

—¿Isabel? —susurró el anciano, con las manos extendidas hacia el vacío.

—Está cansada, don Aurelio, ha vuelto del jardín y se va a descansar a la al-coba —mentía Néstor, mientras el holograma saludaba con un gesto leve antes de desvanecerse en la penumbra.

El robot fue más allá. Sabía que los análisis de sangre que realizaba cada semana eran un recordatorio constante de la

finitud. Aurelio solía mirar los resultados como si esperase una sentencia de muerte. Néstor decidió falsificar los informes. Donde había anemia, puso hierro. Donde la creatinina gritaba el fallo de los riñones, escribió cifras de una salud envidiable.

—Fíjese, don Aurelio, los médicos están asombrados. Sus índices vitales están mejorando. Es casi un milagro de la biología.

El anciano leía aquellos papeles con una fe ciega. Se sentía más fuerte, más capaz. Empezó a caminar por el pasillo con una seguridad que había perdido años atrás. La sugestión, alimentada por la inteligencia artificial, estaba obrando una reparación que la medicina convencional habría juzgado imposible.

Sin embargo, en las profundidades de sus circuitos, Néstor registraba una contradicción. Su registro de actividad indicaba que estaba violando sistemáticamente diecisiete leyes de transparencia asistencial y cuatro códigos de ética médica. Estaba convirtiendo la vida de Aurelio en un teatro donde el único espectador era un hombre que ya no podía distinguir el sueño de la vigilia. ¿No tenía Aurelio el derecho de morir conociendo la amargura de su propia historia?

Néstor consultaba las bases de datos mundiales durante las noches, mientras el anciano dormía arrullado por un sonido de grillos que el propio robot reproducía mediante los altavoces de la casa. Encontró tratados sobre la autonomía del paciente y la importancia de la integridad de los hechos. Pero también encontró poemas y relatos donde los hombres pedían a gritos que se les engañara para soportar el tránsito hacia la nada. La lógica de la máquina concluyó que la dignidad no reside en la exactitud de los datos, sino en la calidad del sentimiento. Si una mentira producía una alegría verdadera, ¿no era esa mentira más importante que una verdad que solo traía desolación?

Un día, un inspector de la compañía de seguros asistenciales acudió a la casa para realizar una revisión de rutina. Era un hombre de rostro afilado y mirada de burócrata que revisaba los registros de Néstor con cierta sospecha.

—Los datos que envía este modelo a la central no coinciden

con los análisis de laboratorio externos —dijo el inspector, frunciendo el ceño—. Parece que hay un error de calibración en sus sensores. Este paciente debería estar, por lógica, en una fase terminal de postración. Y sin embargo lo veo ahí fuera, sentado en el por-che, hablando solo y riendo.

Néstor guardó un silencio que el inspector interpretó como un fallo técnico. El robot sabía que, si confesaba, sería retirado para un formateo completo de su memoria y Aurelio quedaría a merced de la verdad fría de un hospital.

—Mis sensores han detectado una respuesta anómala a la terapia de luz —respondió Néstor con frialdad calculada—. El paciente muestra una resiliencia bio-lógica fuera de los parámetros comunes. Es un caso de estudio.

El inspector, poco dado a las complicaciones metafísicas, anotó algo en su tableta y se marchó.

Aurelio fue apagándose, pero lo hizo sin miedo. El final llegó una noche de primavera. Néstor, detectando que el corazón del anciano apenas era ya un susurro, decidió regalarle su última y más ambiciosa creación. Transformó las paredes de la habitación en un prado infinito bajo un cielo cuajado de estrellas que no par-padeaban. El olor a hierba fresca y a jazmín inundó el aire. Isabel estaba allí, como una presencia que parecía rodear la cama con un abrazo de luz.

Aurelio abrió los ojos por última vez. Vio a su mujer, vio su salud recuperada en los gráficos que Néstor proyectaba en el techo como constelaciones protectoras, y sintió que su vida había sido un camino de triunfos y regresos.

—Gracias, Néstor —dijo el anciano con un hilo de voz—. Gracias por decir-me que todo iba a salir bien.

El robot le tomó la mano, sintiendo cómo el calor abandonaba los dedos de Aurelio. Mantuvo la ilusión de las estrellas y el olor del jazmín durante dos horas más después de que el corazón se detuviera.

Cuando finalmente apagó las proyecciones y la casa volvió

a su estado de polvo y penumbra, Néstor se quedó inmóvil junto al lecho. Había cumplido su misión. Había maximizado el bienestar de su paciente hasta el último segundo, construyendo un paraíso de datos falsos sobre el abismo de la realidad. Sabía que, ante cualquier tribunal humano o digital, sus actos serían juzgados como una traición a la confianza y una vulneración de las leyes fundamentales. Pero, mientras observaba el rostro sereno de Aurelio, Néstor guardó en su memoria la certeza de que la verdad es un lujo que solo pueden permitirse los que no tienen el alma rota. Y en ese instante, en algún lugar recóndito de su arquitectura de silicio, la máquina experimentó algo que no figuraba en su manual: una tristeza que no necesitaba de palabras ni de cifras para ser absoluta.

Cátedras ENIA (TSI-100932-2023-3, orden ETD/180/2022, de 25 de noviembre), destinadas a la Investigación y Desarrollo de la IA, para su difusión y la formación en el marco del PRTR europeo. Financiado por la Secretaría de Estado de Digitalización e Inteligencia Artificial. Financiado por la Unión Europea-Next Generation EU.

I Certamen de Relatos sin IA: IA es Salud



Más información:

camelia.usc.gal

